

—*Me alegro.*

—*Sabe, Blanca, tenía miedo de venir al hospital.*

—*¿Por qué?*

—*No creía que volvería a ver mi casa, supuse que iba a morir; conozco muchas personas a las que les ha sucedido... salen de su hogar, ingresan en un hospital y... fallecen.*

—*¿Aún piensa en lo mismo?*

—*No, ustedes me dan confianza, estoy tranquilo.*

José me comentó que estaba convencido que su infarto lo provocó el gran dolor y pesar que sintió cuando murió su hermana, a la cual estaba estrechamente unido, tan sólo dos días antes había sufrido tan irreparable pérdida; al recordarlo las lágrimas afloraron a sus ojos, su voz se entrecortó y nuestras manos se buscaron entrelazándose con un apretón.

La tarde siguiente transcurrió sin incidencias con respecto al estado de salud de José; no tuvo dolores, ni molestias, ni arritmias; estaba más animado y nada hacía presagiar que pudiesen existir complicaciones. Al terminar nuestro turno, nos despedimos de él hasta la mañana siguiente, deseándole que descansara y durmiese bien.

En esa época nuestro box de cardiología se encontraba completo; sus ocho habitaciones estaban llenas; unos, con cirugía extracorpórea y otros, con pacientes afectados de lesiones coronarias, pero la habitación contigua a José la ocupaba Abundio (llamado familiarmente «Bundi»), que días antes ingresó por padecer un accidente laboral: al subirse a una torre de alta tensión, sufrió una gran descarga eléctrica, que le provocó importantes quemaduras haciéndole caer desde una altura de más de nueve metros, fracturándose extremidades y costillas. Supongo que os imaginaréis el estado en que se encontraba, no podía «ni rascarse la nariz»; no sólo por sus padecimientos sino por sus vendajes.

Al llegar mi compañera, que me relevaba a las diez de la noche, le conté las incidencias de la tarde, tanto de Bundi como de José, que eran los dos pacientes a mi cuidado.

Una vez relatada la situación de Bundi (que ya era conocido de mi compañera), le presenté al nuevo enfermo José, al terminar le comenté:

—*José es un buen enfermo; si se duerme y no tiene problemas, no te vas a enterar de que tienes paciente.*

La enfermera entró a saludar a José,

—*Buenas noches José.*

—*Buenas noches, señorita.*

—*José.*

—*¿Sí?*

—*Me llamo Vicky, soy la enfermera que va a estar con usted durante la noche, si necesita algo no dude en llamarme. ¿Eh? Aquí te dejo a mano el timbre de llamada. ¿Se encuentra bien?*

—*Muy bien.*

Pronto se estableció una «charla» afectuosa en la cual José le comentó lo bien que le quedaba y cómo le favorecía su peinado.

—*Es un rojizo precioso.*

Vicky previamente le precisó que su color natural era moreno, dándole las gracias por lo cortés de sus palabras.

La noche transcurría con sosiego, los enfermos se hallaban tranquilos y dormían plácidamente. Los que estaban con respiración asistida no presentaban problemas hemodinámicos y todas sus constantes vitales se encontraban estables. Sonó el teléfono solicitando ayuda para con un paciente del box contiguo y Vicky se ofreció a pasar hasta superar el problema, algo habitual entre compañeros.

Pocos minutos después, sobre las tres o cuatro de la madrugada, se oyeron unos gritos:

—*¡Socorro!*

—*¡Venid a ayudarme!*

—*¡Que se escape!*

Las voces llamaban al único varón del turno, Víctor. A las exclamaciones de auxilio, salieron éste y Vicky, creyendo ésta que se trataba de un enfermo de otro box o de otra planta que se había fugado. Cuando llegó, vio la habitación de José vacía y refirió: «el mío también se ha escapado», como si de un motín se tratara, pero pronto comprendió que el único que faltaba era el suyo. En la habitación sólo colgaba un catéter con un hilo de sangre sobre el suelo y el monitor con la alarma sonando.

El paciente, según supo después, se había levantado repentinamente de la cama, embrutecido, lleno de cólera y portando en la mano la manivela de la cama se dirigió a la habitación más cercana, donde se encontraba Bundi; lleno éste de miedo y de estupor se quedó inmóvil y callado, no siendo capaz de articular palabra; pero sí de contemplar cómo inútilmente las enfermeras se reponían del susto e intentaban calmarlo, razonando con él. Tras golpear cristales y objetos, se dirigió a otra habitación, en la cual se encontraba otra mujer bastante depresiva y allí actuó del mismo modo. Desnudo y sangrando por el punto de incisión del catéter, entró en otra habitación, accediendo por ésta al pasillo de visitas y de aquí, sin lograr que razonase con las enfermeras que le seguían en su recorrido y entre gestos de intentar golpearlas, se marchó por la escalera de incendios, llegando al parking del hospital. Hemos de imaginar la situación: a las 4 de la ma-

drugada, desnudo, con la manivela en la mano y gritando: «*Asesinos, que me quieren matar.*».

Impotentes por no poderle detener de forma no violenta, llamaron al servicio de vigilancia y a los celadores; uno de éstos y dos guardias de seguridad lo esperaban y cuando le oyeron llegar gritando «policía, que me persiguen»; al celador, ya veterano se le ocurrió decirle que era policía secreta y enseñándole la identificación de celador, le dijo: «ésta es mi placa de policía y éstos, mis ayudantes».

El paciente, con un suspiro de alivio, tiritando y con la cara desencajada de pánico, explicó que le querían asesinar unos hombres. Felipe, que así se llamaba el celador, le invitó a que le acompañarse para identificarlos, a lo cual accedió con agrado, no sin antes prevenir al «policía» de que sus perseguidores eran muy peligrosos y podrían ir armados, a lo cual Felipe le tranquilizó, diciéndole que él también portaba una pistola, aunque ésta la llevaba camuflada.

Al entrar en el box y ver otra vez a las enfermeras, se puso nuevamente alterado y señalando a Vicky con el dedo índice, decía:

—Esa es la asesina, la de la peluca roja.

Vicky, en su afán de tranquilizarle, le dejó que tocara su pelo para que comprobase que no se trataba de un postizo, pero aunque le tiraba de sus cabellos, no dejaba de llamarla asesina.

Finalmente, acudió el médico y tal como se encontraba en bipedestación, lo sedó con una inyección intravenosa de valium por vía femoral. Acostaron a José y se le puso un nuevo catéter, perfundiéndole un sedante habitual.

Había pasado un «tornado» durante la noche, pero a nuestra llegada a las ocho de la mañana todo se encontraba tranquilo y en orden; por este motivo, cuando nos contaron lo sucedido no lo podíamos creer; y así, sin dar crédito a lo oído, preguntamos si se trataba del mismo José que habíamos dejado unas horas antes, a lo que insistieron que sí.

¿Cómo creer que una persona tan razonable, sería y correcta podía haberse comportado de esa manera? ¿Posiblemente nos encontrábamos nosotros aún en nuestras casas y estábamos soñando lo que nos habían contado? Era como si viviésemos ese sueño y no nos hubiésemos despertado todavía esa mañana.

Con el cambio de turno, comenzamos nuestra tarea, fuimos entrando en las habitaciones para ver la situación de los enfermos; muchos de ellos habían pasado la noche despiertos y nos contaron lo sucedido durante la noche... el gran quemado aún seguía asustado y casi sin poder hablar, pero nos refirió como entró donde él se hallaba y el miedo que pasó, ya que estaba indefenso. La mujer depresiva nos dijo que cuando viniese el médico pediría el

alta voluntaria, pues un hombre le había intentado matar. La paciente que estaba en la cama número uno y que, justamente, está situada enfrente de la de José, le contó al médico, que entraba esa mañana, lo que había presenciado, a lo cual el doctor no dio mucho crédito a sus palabras y comentó a sus compañeros de guardia que esta paciente «había perdido la cabeza» durante la noche.

José estaba ya despertándose; yo entré para comprobar su estado físico-psíquico, y como otros días, comencé mi diálogo con él, como si no hubiese ocurrido nada anormal.

—¡Buenos días, José!

—¡Ah, buenos, días!

—¿Cómo se encuentra hoy? ¿Ha descansado bien?

Ante mi pregunta, tosió un poco y respondió:

—Pues, verá, he debido destaparme algo esta noche mientras soñaba y me he resfriado.

—Ah, ¿estabas soñando? ¿Te acuerdas del sueño?

—Claro que me acuerdo, era una pesadilla.

José no sabía que todos nosotros y yo personalmente estaba al corriente de todo lo sucedido, pero decidí llamarle y que me contase su sueño.

—Yo estaba aquí en la cama, y allí enfrente (refiriéndose a la habitación de un enfermo que se encontraba intubado, sedado y relajado), vi un grupo de personas con una apariencia siniestra; vestían como mafiosos, sombreros y ropa negra, gafas oscuras y zapatos de puntera blanca, lo cual atrajo aún mas mi atención hacia ellos.

Al moverse algunos y romper el corro que componían, quedó al descubierto un ataúd, mi mirada se quedó fija en él y advertí cómo la tapa se abría, saliendo al exterior una mano.

—José, ¿tú conocías a alguien? O quizá, ¿estabas recordando el funeral de tu hermana?

—No conocía a nadie, y no se trataba de mi hermana, porque era una mano grande de hombre.

—¿Y qué pasó?

—Pues se dieron cuenta de mi presencia, cerraron la tapadera bruscamente y noté que no era correcto lo que iban a realizar; presentí que lo querían enterrar vivo, se trataría de alguna «vendetta» o ajuste de cuentas entre bandas de la mafia y no querrían testigos oculares.

—¿Y?

—Se giraron y algunos se dirigieron hacia mí.

—¿Qué miedo. ¿No?

—¡Huy! Sí. Yo cogí un palo para defenderme e hice ademán de golpearles, pero se sumaron más hombres y yo pensé: «piernas, ¿para qué os quiero». Corrí lo más de prisa que pude, buscando una salida, y así encontré una escalera y huí hasta llegar a un aparcamiento. Gracias a Dios me encontré con unos policías a los que con-

té lo sucedido; los mafiosos, al verme en su compañía, huyeron despavoridos. Luego, desperté y no recuerdo más.

Oído el sueño de José y el relato de las enfermeras de la noche, fui encajando las piezas como en un rompecabezas; quizá lo que él vio y sintió eran realidades que le sucedieron, pero alteradas por su mente, influido probablemente por la muerte de su hermana, presencié entierros donde no los había, al igual que don Quijote creyó ver gigantes en lugar de los molinos, o creyó que sus amigos eran sus enemigos, como ejércitos en vez de ovejas...

Ninguno de nosotros ni los compañeros de otros turnos fueron capaces de decirle a José ni a sus parientes lo que en realidad había sucedido. No podíamos hacerle éso a un hombre tan serio y correcto; sin acordar nada entre nosotros, reaccionamos al unísono, formando una piña en pensamiento y modo de actuar.

Sabíamos que José, por su carácter, se «hubiese muerto» de vergüenza si supiese lo que hizo realmente. Formaba ya parte de nuestra gran «familia hospitalaria» y queríamos que guardase un grato recuerdo de su estancia entre nosotros; que tan sólo almacenase en su memoria nuestra amistad y trabajo profesional hacia él y que olvidase los malos ratos pasados,

Los días pasaron y José evolucionó satisfactoriamente, se encontraba físicamente bien y muy animado.

—Buenos días José.

—Buenos días; doctor.

—Vengo a comunicarle que le voy a dar el alta, cuando realice su informe podrá ser trasladado a planta. Ha evolucionado muy bien.

El médico, con una palmada en el hombro se despidió de él.

—Adiós José.

—Adiós doctor, gracias por todo.

Cuando me fue comunicada por el médico su decisión entré a ver al paciente.

—¿Cómo te encuentras?

—Ah, muy bien; sabe, me han dado el alta.

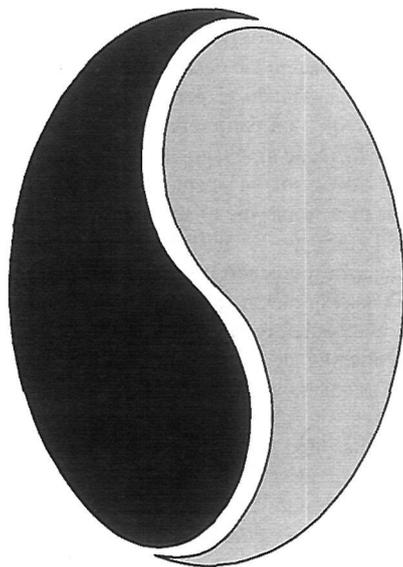
—Sí, lo sé, dentro de poco vendrá el celador, te cambiaremos de cama y podrás subir a la planta. Allí podrás estar con tu familia, caminar por los pasillos, hablar con tus compañeros de habitación, jugar a las cartas...

—Les recordaré siempre, han sido ustedes maravillosos, me han hecho sentirme como en mi casa y aunque estaré con mis familiares les echaré de menos.

El momento llegó, mientras el celador se disponía a llevarse a José nos pusimos a su alrededor para despedirle como se merecía, deseándole un pronto restablecimiento y como «broche» le di un beso y apretón de manos.

LA EXPERIENCIA QUE MARCÓ MI VIDA*

(MARGARITA LOZANO CARRATALÁ)



Nunca me había preocupado de prevenir toda la amplia gama de enfermedades que hoy en día existen, tanto las provocadas por mí como las que pudiera contraer. Supongo que sería debido a mis creencias por lo que sentí esa especie de protección. Pero ahora, gracias a una experiencia que viví, sé cómo debo tratar, cuidar y respetar a mi cuerpo.

Un día fui al médico porque desde hacía tiempo no me sentía demasiado bien, ya que tenía molestias y dolores de abdomen después de hartarme a comer. Al principio la cosa no me pareció muy importante, porque no eran unos dolores ni muy aparatosos ni muy significativos. Eran soportables, pero llegó un momento en que lle-

* La autora de este cuento —presentado al II Premio de Narrativa «Vida y Salud»— es estudiante de enfermería y narra en el mismo un hecho tan crucial que llegó a cambiarle por completo la vida. Sin embargo, nada hacía pensar que algo tan trascendente como lo descrito en su obra estaba a punto de ocurrirle en la vida real. Un accidente de tráfico la llevó a vivir una experiencia vital, una lucha por la vida en cuyo transcurso, tanto su alegría por todo lo que la rodeaba como su alto sentido de la solidaridad contribuirían decisivamente para que, finalmente, ganara la batalla.